



TEATRO

"EL INDEPENDIENTE"

11/11/88

FLORENTINO NEGRIN

## El padre del vodevil, en Madrid

**Título:** «Ocupate de Amelia». **Autor:** G. Feydeau. **Director:** Ramón Gómez-Ballesteros. **Intérpretes:** Luisa María Payán, Raquel Ledesma, Patricia Ciurana, Julia Blanco, Elena Cores, Pepe Alvarez, José Cela, Enrique Ciurana, Rafael Guerrero, Miguel de Grandy, Juanjo Menéndez, Miguel Nieto, Marisol Ayuso, Pepe Ruiz, Isabel Prinz, Alberto Magallanes, Gracita Morales, Tony Valento. Teatro Príncipe.

Mi opinión —reiterada aquí— es la del respeto absoluto a su prístina creación de la obra que fuere, clásica o no, de autor fallecido o aun paseante por este valle. Cuando se anuncian versiones, arreglos, amaños, cortes o lo que se quiera hay que echarse manos a la cabeza. A veces existe, entre los profanadores, gente de talento. Lo corriente es osadía e incapacidad autocrítica, sin embargo.

¿Cabe una cierta flexibilidad, o toda la flexibilidad, cuando una compañía, un empresario, un señor particular o varios arriesgan su dinero o les da la real gana de hacer una función como el diablo les dé a entender? Bueno. Yo no soy partidario, pero allá cada cual. Aquí entra de lleno el componente comercial, el éxito de público y si artístico además, miel sobre cuajada.

En el teatro Príncipe se acaba de estrenar una versión de «Ocupate de Amelia», la obra capital del gran comediógrafo francés, de los albores del siglo, George Feydeau. Se presenta como producción no subvencionada.

Acaso como si se pretendiera poner de manifiesto una discriminación pertinaz. O acaso no. Quizá, simplemente, dejar claro ante el público que no existen otros condicionamientos que los de la propia empresa y su voluntad de acertar.

El caso es que estamos ante una versión de la obra señora de Feydeau.

La pieza original tiene una duración de tres horas. Aquí queda en dos. Se han suprimido escenas ambientales y se ha cambiado de sexo a algún personaje, el del padrino concretamente. ¿Con qué fortuna? Con fortuna varia. Del talento teatral de Feydeau todo el mundo se ha hecho lenguas, sobre todo los franceses, que para echarse capotes entre ellos son únicos; como por estos pagos, poco más o menos... Es verdad que al autor se le ocurren las mayores virguerías y los absurdos más ingeniosos de diálogos, de frases, de situaciones; y de lo que le da la gana, porque mete unos personajes por aquí, digamos que encerrados, y luego salen los que él quiere, y cosas

Luego, al tener que bajar telón para los cambios, el ritmo se pierde y reapparece algo así como el miedo a pasarse que se percibe en no pocos momentos de la primera parte; miedo a pasarse sin que, por contra, se consiga el clima escénico consecuente. Creo yo que lo que había que hacer era precisamente pasarse, pasarse una y otra vez, es decir, acentuar el sentido de la comicidad y rebajar ése como cierto aire de alta comedia. Que está bien, no obstante, en lo que pudiéramos llamar ambientación y en la escenografía, cuidadas, incluida la elegancia de vestuario. En conjunto, escasa orografía artística: planicie, medianía.

La interpretación también resultó irregular. Da vida a Amelia Luisa María Payán. Peca un punto de finasí. Seguramente el primero en divertirse con sus obras fuera él mismo.

El eje central del vodevil es que una boda planificada como falsa resulta verdadera. Y justo ahí, en el desarrollo de ese asunto, al principiar la segunda parte, es donde se ha cargado el énfasis teatral de esta versión. Y donde se consigue mayor logro, muy picado el diálogo, con el lucimiento de Gracita Morales y el vigor que en el alcalde pone Tony Valento.

ra, no por la elegancia del vestuario, sino por la concepción del personaje. Dice el texto con nitidez y con gracia. Se adentra y compenetra con su personaje, con más mimo que en otras ocasiones.

La réplica protagónica, en la obra, corresponde a Marcel, señorito libertino. Lo encarna Juanjo Menéndez. No es demasiado raro en Menéndez la pugnación entre su destacada personalidad de actor y el personaje que tiene que animar. Ajustado al tono general de la representación, llega al público con facilidad, con sus conocidos talentos.

Amplio reparto en el que Miguel de Grandy (sobria eficacia), Perla Cristal, Pepe Ruiz, Marisol Ayuso, Rafael Guerrero, Pepe Alvarez e Isabel Prinz (en una doncella muy apropiada y pizpireta) desempeñan los papeles de mayor entidad secundaria, junto a Enrique Ciurana —en un «Etienne» acaso demasiado grave—, José Cela y Alberto Magallanes, que completan con soltura digamos el conjunto de chicas monas, Raquel Ledesma, Patricia Ciurana, Elena Cores y Julia Blanco (que se afianza cada vez más); todo ello bajo la dirección y escenografía de Ramón Gómez Ballesteros.

## Crítica de teatro

# «Ocupate de Amelia», o el modo de engordar, la gran carcajada de Feydeau

**Título:** *Ocupate de Amelia*. **Autor:** Georges Feydeau. **Música:** Victor Gamadini. **Dirección y escenografía:** Ramón Gómez Ballesteros. **Interpretes:** Luisa María Payán, Juanjo Menéndez, Miguel de Grandy, Perla Cristal, Pepe Ruiz, Enrique Ciurana, Marisol Ayuso, Miguel Nieto, Isabel Prinz, Gracita Morales, Rafael Guerrero, etc. **Teatro Príncipe Gran Vía.**

Georges Feydeau es ya un clásico del teatro cómico francés. Para Marcel Achard, uno de los grandes autores franceses contemporáneos, Feydeau es, después de Molière, el más grande autor cómico francés. Se dijo, a medrados del siglo pasado, que era hijo, adúltero, claro, del poderoso duque de Morny, e incluso de los amores, también culpables de su madre, la bella polaca Lodzia Siewska y Napoleón III, pero el escritor —si no es cierto, Achard lo ha contado—, sin enfadarse, solía replicar: «¿Morny? ¡Bueno! Si usted quiere... Pero Badinguet, ¡vamos!...» Fuera o no fuera hijo de duque o de emperador, aún provisional, Feydeau era un talento regio. Y su comedia *Ocupe-toi d'Amelie*, estrenada en el Theatre des Nouveautés, de París, una de las piezas maestras del género.

Luisa María Payán tiene la audacia de recuperar esa comedia extraordinaria, en cuyo lenguaje —se ha dicho, no lo digo yo— verbelean los choques de ideas absurdas y asombrosas propias de un prestidigitador verbal. El autor se saca de la manga, del bolsillo, del forro de la levita una tortilla, un conejo, pompas de jabón, la bala de un cañón, un castillo de fuegos artificiales. Empresa audacísima, porque nuestro teatro actual no está para eso. No puede permitirse subir a un escenario veinte personajes, como no sea un teatro sostenido con dinero oficial.

Esta versión de *Ocupate de Amelia*, la firma de cuyo autor no figura en el programa, tenía el grave problema, resuelto el de los actores, de la duración. Más de tres horas. Algo que nuestro público no admite a no ser que le llegue un supuesto genio extranjero a bordo de un grande y costoso festival. Se ha cortado sin piedad. También sin acierto. Se han cambiado, por dificultades de hacer lo que ahora los intelectuales llaman un «casting» y antes era, sencillamente, un reparto, personajes. El gracioso tipo del padrino ha sido convertido, no sin deterioro de la credibilidad de algunas situaciones, en madrina; el tierno personaje de Adonis, un muchachuelo, se ha convertido en un mozallón dipsómano y estúpido, con mayor daño todavía. El texto, tan sutil, tan ingenioso, se ha embarnecido penosamente. Las amigas de Amelia, putitas finas, han sido innecesariamente convertidas en hetairas, con liguero, hasta de visita, propias del burdel, y hoy, en las calles de Madrid, del nocturno y tolerado travestí.

Pues bien: pese a esos errores que acusan gravemente la dirección de Ballesteros, quien metido a escenógrafo también ha fallado gravemente, la comicidad de las situaciones sigue siendo estruendosa, como lo prueban las carcajadas que la noche del estreno se empalmaban formando alegres cataratas.

Siempre he sido enemigo de las excesivas libertades con las que cualquier director de hoy, adaptador de hoy, le enmienda la plana

a todo Cristo que haya escrito una comedia o un drama hace un siglo o más allá. Esta enorme farsa de Feydeau ha sido maltratada. Pese a eso, la carcajada galopa junto a las escenas, irresistiblemente. Pese a una dirección olvidada del matiz, de la verosimilitud, del sobrentendido, es justo señalar el esfuerzo de Luisa María Payán por animar una *Amelie* cínica y dulce al mismo tiempo entre tantas vulgaridades. Elogiar a Perla Cristal, sobresaliente en su primera escena, forzada al exceso en las otras dos, pero destacada en la noche, y a Isabel Prinz, en una «soubrette» muy graciosa. Juanjo Menéndez se obstina en no enterarse quién es el personaje que representa. Pese a eso hace reír. Ciurana debería ser más afinado. Y Pepe Ruiz, ni idea tiene de la personalidad de ese príncipe balcánico, del que hace un hortera. Pase Grandy; olvidemos, y no por culpa suya, a Guerrero, y dejemos al resto del numeroso reparto en el purgatorio de las buenas intenciones. Espectáculo para hacer reír, que, por lo visto la noche del estreno, lo consigue. Espectáculo equivocado. Regla de oro, si se me permite, para directores: a los grandes autores cómicos no hay que añadirles más gracias. Ellos lo hacían mucho mejor.

Lorenzo LÓPEZ SANCHO